



TERCERA PARTE

ASUNTOS HISTÓRICOS Y DESCRIPTIVOS

CAPITULO I

ASUNTOS HISTORICOS

PROEMIO



EN un pasaje de la presente obra y dirigiéndome á tí, lector amigo, hice mención de dos divinidades, *Mnemosina* y *Clio*, bajo cuyo supremo amparo he podido escribir "El Libro de mis recuerdos," y ahora te advierto que otras divinidades han auxiliádome igualmente. una, hija del tiempo y de la reflexión que *Experiencia* se llama y, otra, diosa del poder y de la fuerza, objeto de grande

adoración en los heróicos tiempos de Grecia y Roma, conocida con el soberano nombre de *Justicia*, la que á bien tuvo darme, para que de guía me sirviese en mis escritos, una hermosa joven, de blanca vestidura, que por atributos tiene un corazón en la mano y una nítida paloma en el pecho, atributos que la dan á conocer con el bello nombre de *Sinceridad*.

Por qué medio conocí á la diosa mencionada, vas á saberlo, mi bondadoso lector, si te dignas pasar tu vista por el siguiente:

APÓLOGO



Durante una de mis excursiones en el país, halléme cierto día perdido en una de esas selvas tropicales que, por su exuberancia y hermosura, son gala y ornato de nuestro privilegiado territorio. De improviso presentóseme un lugar despejado, con un sendero limitado por hermosas plantas de pintadas y olorosas flores, y á cuyos lados se extendían verdes praderas en las que corrían jugueteando arroyuelos sin cuento, que iban y retrocedían, haciendo saltar esferitas cristalizadas al choque violento de sus aguas contra los guijarros. Tan espléndido camino condújome á un lugar retirado, en donde grupos de árboles corpulentos cercaban y escondían con sus frondosas copas, un palacio, cuya arquitectura, por rara, rica y, para mí desconocida, me causó un asombro indescriptible. Las puertas del palacio se hallaban de par en par abiertas, y yo, sin miedo, por ellas penetré en un anchuroso patio limitado por arcadas afiligranadas de mármol y alabastro. Muchas y hermosas ninfas coronadas de palma y vestidas con los airosos y sencillos trajes de las griegas del gran siglo de Pericles, se paseaban por el pavimento, que parecía hecho de cristal y piedras preciosas, y llevaban en las manos ya una cítara, ya una lira, ya una flauta. Resueltamente me dirigí á la que más cerca se hallaba y le pregunté:

—¿Qué palacio es éste donde la luz brilla tan pura y se respira un delicioso ambiente?

—Es el palacio de la Justicia, me contestó.

—¿Reside aquí tan bella y poderosa deidad? volví á preguntar.

—Aquí mora, y si queréis verla, pronto quedará satisfecha vuestra curiosidad, pues siempre está dispuesta á recibir al que llega rindiéndole el homenaje que merece como dispensadora de grandes beneficios, por más que los hombres se empeñan en quebrantar sus santos preceptos.

—Vamos pronto á verla, le supliqué yo.

—Vamos pues, me contestó ella, y echamos á andar, dirigiendo nuestros pasos por hermosos departamentos, en los que reinaba un orden asombroso, y se veían adornos diversos y ricos emblemas de la equidad, de la buena fe, de la rectitud, de la dignidad y de todos los demás atributos de la diosa que iba yo á visitar.

Pronto me encontré en un departamento bellísimo, templo y sagrario de la Justicia, en medio del cual apareció ésta en su trono, de pie, serena, con los ojos vendados, apoyando su diestra en el puño de la espada y teniendo suspendida de la siniestra una balanza.

—¿Qué deseáis de mí? me dijo con una voz angelical y apartando la venda de los ojos.

—Conocerlos, porque os amo, le contesté yo.

—Está bien, volvió á decirme aquella divinidad en forma de mujer; todo aquel que me implora obtiene mi favor.

—¿Consentiríais, señora, en que por un momento hiciera uso de vuestra balanza?

—Os lo concedo.

—No abusaré de vuestra condescendencia y me limitaré, por tanto, á pesar las acciones de tres héroes que he elegido para el efecto: Hidalgo, Morelos é Iturbide.

—Pues bien: poned en el platillo de la derecha las buenas acciones y depositad en el de la izquierda las faltas, me indicó la diosa, volviendo á cubrir sus ojos con la venda y presentándome la balanza en perfecto equilibrio.

Puse inmediatamente sobre el platillo de la derecha el 16 de Septiembre, más su peso fué tan grande, que obligó á aquél á descender con rapidez y á posarse en el suelo; deposité en seguida en el otro platillo hechos como los de Valladolid y Guadalajara, y el inflexible fiel se inclinó, haciendo levantar al primero de aquéllos un centímetro sobre el suelo.

Libres después los platillos y puestos de nuevo en equilibrio, coloqué las sucesivas campañas de Morelos en el de la derecha, el cual descendió hasta quedar igualmente comprimido contra el suelo en fuerza de tanto peso;

puse luego en el de la izquierda las órdenes de represalia del grande hombre y gravitando, obligó al primero á alzarse un centímetro sobre el suelo. Yo, que siempre he considerado tales órdenes hijas de las circunstancias que obedecían á un fin, cual era el de contrarrestar la terrible y belicosa actitud del activo y experto General Calleja, quise contener ese leve movimiento ascensional, obedeciendo los impulsos de mi corazón; más la diosa, que adivinó mi propósito, me contuvo diciendo en tono de reconvencción:

—Dejad libre la balanza y no tratéis de inclinarla, por favor, á ningún lado, pues nada os autoriza para quebrantar mi suprema é inflexible ley.

De la misma manera procedí respecto de Iturbide, colocando, como era natural, en el primero de los mencionados platillos el *plan de Iguala* y el *27 de Septiembre*, principio y fin de nuestra última epopeya, y aquél, como en las otras pesadas, descendió hasta tocar el suelo; deposité en el otro las acciones militares de Iturbide contra los insurgentes, y con su peso levantó un centímetro sobre el suelo el primer platillo.

De las operaciones practicadas me preguntó la diosa:

—¿Cuáles han sido los resultados?

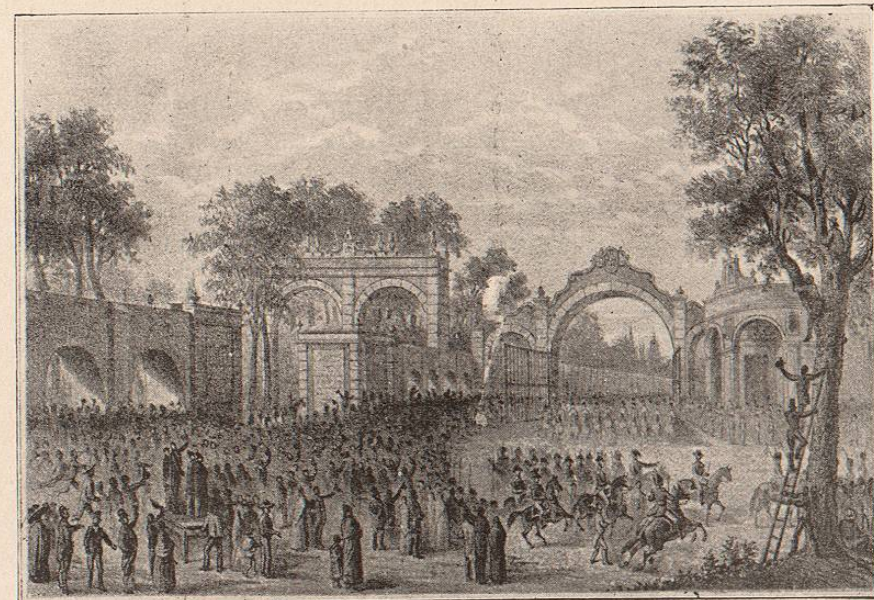
—Dos he obtenido, le contesté: sea el primero, que en la balanza de la justicia las acciones meritorias de los tres héroes pesan mucho más que sus errores; sea el segundo, que los tres héroes, el *iniciador*, el *laborador* y el *consumador* de la independencia, son igualmente acreedores á la estimación de los mexicanos, á quienes nada autoriza para convertirlos en banderías políticas.

Al escuchar mis últimas palabras, la diosa irguióse con noble arrogancia y dijo en tono severo estas palabras:

—Tenéis razón, ¡tal conducta, no sólo es irreverente, sino impía!

Llenado el objeto que en el palacio aquél me deparó mi impensada visita, me despedí de la diosa, ofreciéndole volver en solicitud de su favor, siempre que mi pluma hubiese de emplearse en asuntos de interés histórico, y dejando escrito en su precioso *álbum* la moraleja de mi cuento:

“Las acciones de los hombres deben pesarse en la balanza de la Justicia.”



ENTRADA DE ITURBIDE.—27 DE SEPTIEMBRE DE 1821.